

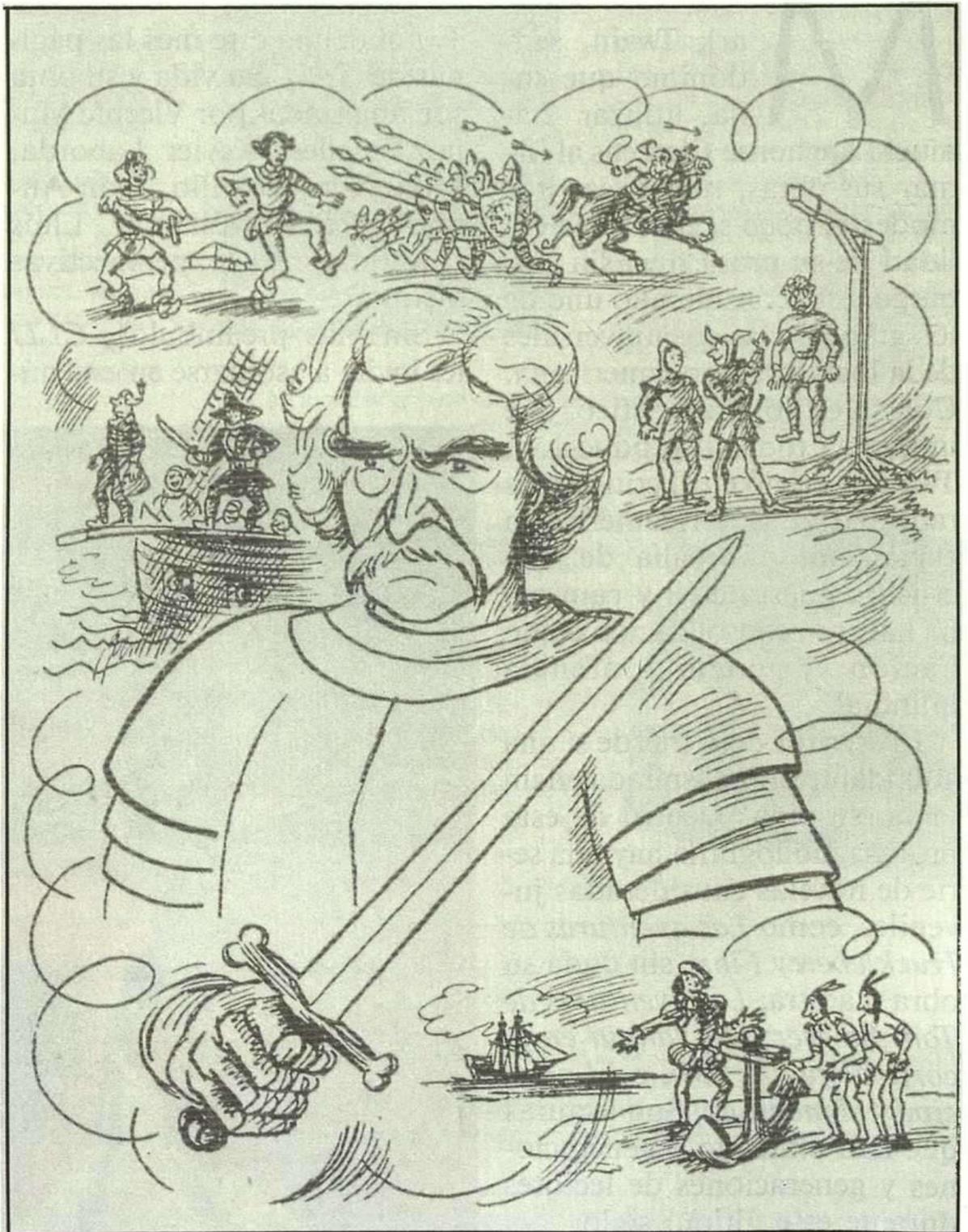
Mark Twain

MARK TWAIN

Autobiografía

por Mark Twain

Dada su condición de humorista y de mentiroso profesional, Samuel Langhorne Clemens, más conocido por el seudónimo de Mark Twain, no desaprovechó la ocasión de lucir toda su ironía e ingenio a la hora de escribir esta Autobiografía burlesca, un relato fechado en 1871, en el que el escritor urde una divertida y descabellada patraña sobre el pretendido origen noble y ancestral de la supuesta familia Twain.



Dibujo sobre Twain que ilustró su Autobiografía burlesca.

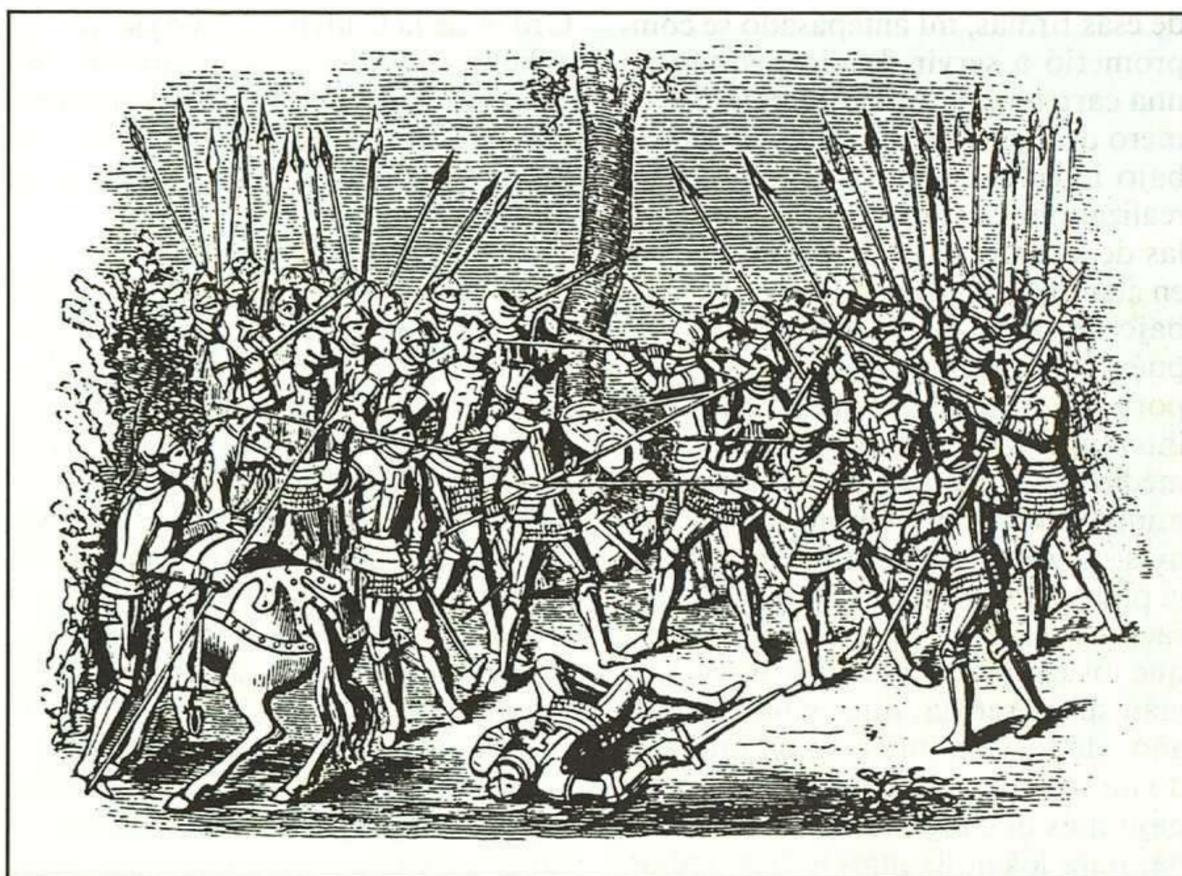
En distintas ocasiones me han escrito dos o tres personas diciéndome que en el caso de que publicara mi autobiografía, en cuanto sus ocupaciones le dejaran tiempo para ello, tal vez la leyeran. En vista de que le embarga tal ansiedad, me creo en la obligación de acceder a las instancias del público.

Por tanto, hoy le ofrezco mi autobiografía:

De ilustre alcurnia, los títulos de nobleza que atesora mi familia son de incalculable antigüedad. El primer Twain que recuerda la historia no fue realmente un Twain, sino un amigo de la familia llamado Higgins. Ocurrió tal cosa allá por el siglo XI, en Aberdeen, condado de Cork, Inglaterra, lugar en el que entonces vivían mis antepasados. Aún hoy permanece en el más profundo misterio la causa de que nuestra familia llevara el nombre materno de Twain, y no el paterno de Higgins. Poderosas razones domésticas nos han hecho desistir en la investigación de tan sorprendente enigma histórico. En varias ocasiones los Twain adoptaron uno u otro alias, pero siempre lo hicieron con el propósito de evitar enojosos embrollos con alguaciles y polizontes. Volviendo al caso Higgins, si mis lectores sienten una explicable curiosidad, dense por satisfechos con saber que el misterio se limita a un sombrío y romántico incidente. Pero, ¿qué familia, entre las de más antigua prosapia, no conserva como una de sus glorias el perfume de esos poéticos crepúsculos de filiación y paternidad?

Al tal Higgins, siguió, pues, Arturo Twain; su nombre fue famoso en los anales de las inglesas hazañas. Contaría treinta años de edad cuando se dirigió a una de las más aristocráticas playas de Inglaterra, conocida vulgarmente como Presidio de Newgate; innumerables personas presenciaron su súbita muerte en ese lugar de recreo.

Su descendiente, Augusto Twain, estuvo de moda allá por el año 1160.



Era un extraordinario humorista. Tenía un viejo sable del mejor acero que por su época se conociera. Augusto afilaba la brillante hoja de su sable, y cuando la tenía a punto se situaba en un lugar conveniente del bosque. Por la noche, conforme los caminantes iban pasando, Augusto los ensartaba con su sable, sólo por el placer de verles saltar —ya he dicho que era un humorista extraordinario—. Según parece, la perfección artística con que realizaba su obra llamó la atención general más allá de ciertos límites. Autoridades competentes en la materia tuvieron conocimiento de las originales diversiones de Augusto, por lo que le vigilaron una noche y se apoderaron de él en el preciso instante en que realizaba una de sus bromas. Corchetes a las órdenes de esas autoridades separaron la extremidad superior de Augusto del resto de sus extremidades, para llevarla a un sitio elevado de Temple Bar. Allí se congregaba diariamente todo el vecindario para ver el alto lugar ocupado por Augusto Twain, gracias a su cabeza.

Durante los doscientos años siguientes, es decir, hasta el siglo XIV, muchas proezas de otros tantos héroes dieron lustre a mi familia. A esos héroes les tocó en suerte —si no habrían muerto en el anonimato— seguir la ruta victoriosa de los ejércitos, cubriendo siempre la retaguardia, y abrir la marcha en cuanto se daba orden de regresar a los cuarteles, finalizada la lucha. Mentía Froissart al afirmar que el árbol genealógico de los Twain tenía sólo dos ramas formando ángulo recto con el tronco, y que se distinguía de otros árboles en que daba frutos los doce meses del año. Ésas son calumnias y necedades del chocho cronista.

Y llegamos ya al siglo XV. Vivió durante esa época Twain *el Hermoso*, conocido también como *el Letrado* o *el Pluma de Oro*. Tenía una habilidad insuperable para imitar la letra y la firma de cuantos mercaderes había en el país. La gente se moría de risa al verle sacar partido de su aptitud, en la que llegó a ser un consumado maestro. No podía pedirse más. Por desgracia, parece que, a causa de una

MARK TWAIN

de esas firmas, mi antepasado se comprometió a servir de picapedrero en una carretera por un interminable número de años, y que la dureza del trabajo le echó a perder la mano para realizar obras tan delicadas como eran las de su ejercicio caligráfico. De vez en cuando abandonaba el penoso trabajo de la carretera, pero poco después, lleno de nostalgia, volvía a él por algunos años. Aunque con breves interrupciones, estuvo, muy cerca de medio siglo, mejorando las vías de comunicación y empeorando cada vez más sus facultades para el manejo de la pluma. Pero todo tiene sus compensaciones. Era tal la satisfacción con que los capataces de la carretera acogían su presencia, que en los últimos años de su vida mi egregio antepasado no se alejaba ya del lugar de su trabajo más que algunos fines de semana, pues los polizontes lo persuadían fácilmente para que no abandonara el servicio público. Así murió, llorado y respetado por todos. Perteneció a la

Orden de la Cadena. Llevó siempre el cabello muy corto, y manifestó una especial preferencia por los trajes a rayas; casi nunca usaba otros, y el Gobierno tuvo a bien proporcionárselos gratis. He dicho que la patria lloró la muerte de mi antepasado; fue sin duda a causa de sus servicios; pero fue, mayormente, por los hábitos de regularidad que adquirió en el trabajo de las carreteras.

Años más tarde, otro nombre glorioso vino a dar lustre a nuestra familia: Juan Morgan Twain. Llegó a los Estados Unidos en la carabela de Colón, aunque como simple pasajero. Malas lenguas afirman que mi antepasado era de la cáscara amarga. Durante la travesía no cesó de quejarse al capitán del barco por la mala calidad de la comida, y amenazaba con bajarse en el primer puerto en que tocaran en caso de que no mejorara el servicio. Insistía, ante todo, en que se le diera sáballo fresco, a pesar de que no lo hay en los mares de América.

Se pasaba el día entero sobre cubierta, con las manos en los bolsillos, y cuando se cruzaba con don Cristóbal se le reía en las barbas de forma impertinente. Aprovechaba los corrillos de pasajeros y tripulantes para decir mil pestes contra él. Entre otras cosas, aseguraba que Colón no tenía idea de dónde estaba América, y que se había lanzado a la aventura a tontas y a locas, puesto que aquél era su primer viaje al Nuevo Mundo. Cuando un marinero gritó: «¡Tierra!», todos se emocionaron. Sólo él permaneció imperturbable. Miró la mancha gris con un vidrio ahumado, que, según ciertos cronistas, era un pedazo de botella; después dijo, desdeñosamente: «¡Qué va a ser tierra! ¡Que me cuelguen si lo que vemos no es la balsa de unos indios!».

Al embarcar, sólo llevaba consigo un pañuelo, un calcetín de lana, uno de algodón, una camisa de dormir y no sé qué otro objeto, envueltos en un periódico. Cada una de las piezas tenía iniciales diferentes. Pero durante el viaje inventó una novela de «su baúl», y no cesaba de hablar de él. Cuando mi antepasado aparecía en la cubierta, el resto de pasajeros quedaba empequeñecido, anulado. Si el buque hundía la proa, mi bisabuelo ordenaba en seguida a los grumetes que llevaran «su baúl» a popa. Él corría entonces a algún sitio desde el que ver cómodamente el efecto. Si se hundía de popa, al momento buscaba a Colón para sugerirle la maniobra indicada, y ofrecía «su baúl». ¿Que qué contenía ese baúl? Oh, creo haberos dicho que mi antepasado era un hombre genial. Podéis consultar el *Diario de Colón*, y ver lo que dice el propio Almirante. No acusa en absoluto a mi antepasado. No hace siquiera la más pequeña indicación que, aun veladamente, sugiera una incorrecta conducta. Colón se limita a decir que aquel periódico y aquellos calcetines llegaron a convertirse en el más importante cargamento. Se hablaba ya no del baúl, sino de los baúles del señor



Ilustración de una edición inglesa del siglo XIX de Las aventuras de Huckleberry Finn.



Puerto de Nueva Orleans (litografía de D. Appleton), fin de ruta de los grandes vapores que pilotó Mark Twain.

Twain. Y éstos eran tantos que, ante la imposibilidad de guardarlos en la bodega, estaban sobre cubierta. Y formaron tal montón los objetos que eran exclusiva e indisputable propiedad de mi bisabuelo, que dificultaban las maniobras de los marineros. Al desembarcar, mi antepasado entregó a los descargadores cuatro gigantescos baúles y cuatro cestas de mimbre, dos de las cuales contenían el champaña con que se remojó la celebración del descubrimiento. Luego, mi antepasado subió de nuevo a bordo y, dirigiéndose a Colón, le exigió que detuviera a los otros pasajeros, pues estaba seguro de que le habían robado. Originóse un tumulto en la carabela, tras el que Morgan Twain fue echado de cabeza al agua. Todos se asomaron a la borda para verle morir; pero a pesar de que durante largo rato estuvie-

ron con los ojos fijos en el mar, no apareció burbuja alguna que señalara la muerte del extraordinario viajero. Inútil decir que ante tan sorprendente hecho la curiosidad crecía por instantes. De pronto observaron que la carabela iba a merced de las olas, ya que el cable del ancla de proa estaba roto y flotaba sobre el agua. Hubo una general y lógica consternación. Si leéis las crónicas del Almirante, hallaréis una curiosa nota: «E descubrióse quel pasajero ynglés se había apoderado del ancla, e vendídola por cierto oro e otros productos a los salvages, e díjoles quera un amuleto».

Es imposible, de todos modos, ocultar los buenos instintos de mi antepasado. Él, antes que nadie, trabajó en favor de la disciplina y elevación de los americanos, para los que construyó una gran cárcel, frente a la que

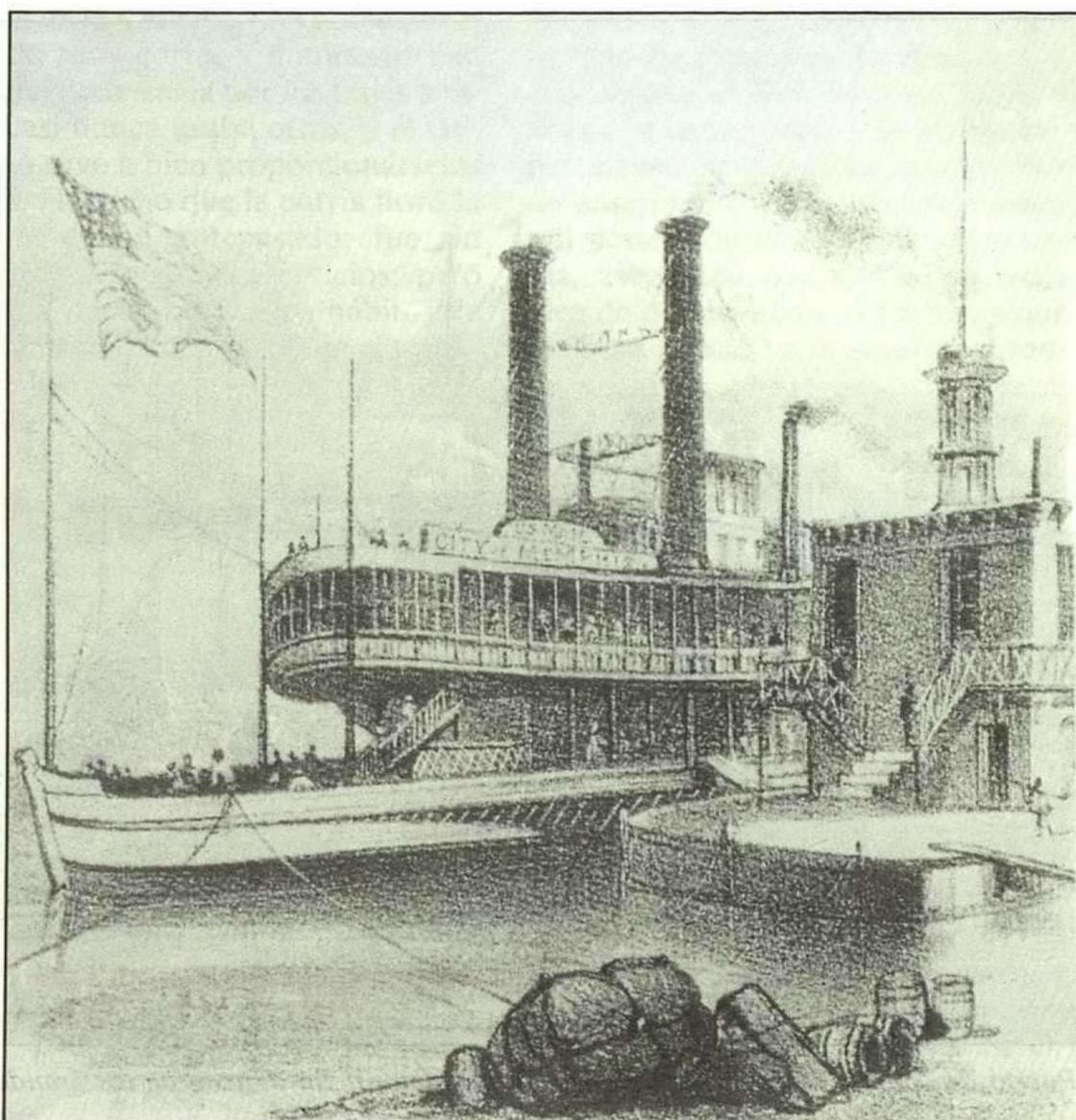
situó una horca. A pesar de que la crónica de donde sacamos esta información deja en el aire muchas de las hazañas de mi ilustre antepasado, cuenta cómo un día que fue a comprobar el funcionamiento de la horca quedó colgado en ella por un accidente provocado voluntariamente por los desagradecidos naturales. Suyo es, pues, el honor de haber sido el primer blanco que fuera mecido por las brisas americanas, con el cuello sujeto al extremo inferior de una cuerda europea. Parece ser que la cuerda le causó lesiones de consideración, y el Twain arribado a América falleció poco después.

He dicho que Juan Morgan Twain fue mi bisabuelo; pero lo he hecho empleando la palabra en un sentido amplio. Uno de los descendientes del tan malogrado pionero vivió por los

MARK TWAIN



Mark Twain a los 18 años.



El «City of Memphis», uno de los barcos que pilotó el joven Clemens.

mil seiscientos y pico. Se le conocía en el mundo entero bajo el nombre de *Almirante*. La historia le dedica multitud de párrafos y le atribuye varios títulos de los que hablaremos oportunamente. Mandaba embarcaciones muy veloces, puesto que la velocidad era un factor esencial para el negocio que con su flota realizaba mi antepasado. También se preocupaba mucho de que sus barcos fueran bien repletos de municiones y armados con muchos cañones, harpagones y picas de abordaje. Gracias a su organización el comercio marítimo tornóse más activo. Efectivamente, en cuanto mi antepasado tomaba determinado rumbo, los navíos que le precedían cruzaban el océano con todas sus velas desplegadas. En el caso de que al-

guna embarcación se retrasase y por una causa cualquiera —mi antepasado no aceptaba causa alguna— quedaba cerca de la flota del *Almirante*, éste sufría tal acceso de furor que castigaba duramente al buque que, a partir de entonces, le acompañaba. Tranquilizado, conservaba empero el navío, tripulación y cargamento incluidos, en espera de que los armadores y los consignatarios de la mercancía lo reclamaran; pero la indolencia de estos hombres era tanta que no iban a reclamar siquiera los bienes de su legítima propiedad, por lo que mi antepasado tenía que guardarlos a fin de que no se perdieran. En ocasiones la tripulación de los navíos retardados mostraba tal pereza, que el *Almirante* le prescribía baños de mar, baños

que eran del completo gusto de la marinería, hasta el punto de que raras veces volvían a pisar la cubierta tras probar el higiénico chapuzón. Un desgraciado acontecimiento cortó la carrera del *Almirante*. Su viuda afirmó siempre que si en lugar de la carrera de su esposo se hubiera cortado la cuerda que le mantenía suspendido, aquel hombre no habría muerto en plena madurez y cuando podía añadir aún muchas hazañas a su palmarés. Las que llegó a realizar le valieron la inmortalidad de los libros de historia, donde se le asigna el glorioso nombre de Pirata.

Carlos Enrique Twain vivió a finales del siglo XVII. Misionero celoso de sus deberes, alcanzó la grandeza por la excelsitud de sus facultades. Fue a

MARK TWAIN



E.S. CURTIS, EL PUEBLO DEL ÁGUILA, PALMA DE MALLORCA: J.J. DE OLAÑETA, 1993.

las islas del Pacífico, donde convirtió a 16.000 pobres paganos. Tenía un profundo conocimiento de los textos sagrados, por lo que llegó a convencer a aquellos infelices de que con un collar de dientes de perro y unas gafas no había suficiente para taparse el cuerpo durante las ceremonias del culto. Y fue tan grande el amor que por él sintieron sus feligreses, y fue tan grande el aprecio, que, cuando murió, se chupaban los dedos y decían que aquél era el más maravilloso de los misioneros. ¡Otros como él hubieran deseado! Pero los misioneros capaces de dejar un sabor agradable en los paladares tropicales no nacen todos los días.

La segunda mitad del siglo XVIII se ve glorificada con la existencia del más intrépido de los Twain. Sus compatriotas pieles rojas le pusieron un nombre expresivo, el de *Gran Cazador de Ojo de cerdo* (*Pagago-Pagagua-Puquequivi*). Ayudó a los ingleses en su lucha contra el tirano Washington. El valiente guerrero fue quien disparó diecisiete veces escondido tras el tronco de un árbol contra el tal Washington. La poética narración de los libros escolares es, pues, cierta; pero éstos engañan a los lectores cuando dicen que después del disparo número 17, el guerrero pensó: «El Gran Espíritu reserva a este hombre para una misión importante», no osando seguir sus disparos. En realidad pensó: «Yo no pierdo mi pólvora y mis balas. Ese tío anda borracho, y no hay manera de hacer blanco». Ésa es la verdad histórica. ¿No creéis que son preferibles las narraciones escritas con lógica y que tienen el sello y el perfume de la probabilidad?

Las anécdotas referentes a los indios que abundan en los libros escolares me encantaban; pero es absurdo creer que por el simple hecho de errarle un par de tiros a un blanco, todo indio creyese que aquel hombre había escapado ileso debido a que el Gran Espíritu le tenía reservado para ulteriores fines. Y si me decís que fue-

ron diecisiete y no dos los tiros dirigidos a Washington, voy a responderos que en un siglo la historia es capaz de convertir dos disparos en 17 e incluso en 17.000. Sería curioso que de tantos indios profetas tan sólo el de Washington acertase, si no en la puntería, al menos en el vaticinio. No

habría libros bastantes para anotar las profecías hechas por indios u otros individuos graduados en la misma facultad; en otras palabras, para anotar las profecías que no se cumplieron. Ahora, las que se cumplieron, podría llevarlas todas en los bolsillos de mi abrigo, y aún me sobrarían bolsillos.

MARK TWAIN



Amigos de Twain. El que está sentado a la derecha guarda un enorme parecido con el escritor.



Casa de Twain en Hartford (Connecticut), ahora convertida en museo.

De paso, debo advertir que la mayoría de mis antepasados hicieron famoso uno u otro apodo. Por estar ampliamente comentados en los libros de historia, no creo valga la pena extenderse en este punto de la vida secular de nuestra familia. Por todos es sabido que a ella han pertenecido el célebre pirata Kidd, Jack *el Destripador*, y aquella gloria de las letras, el incommensurable barón de Münchhausen. Tampoco hablaré de los parientes colaterales, aunque haciendo una referencia global, voy a señalar solamente que se distinguieron de la rama principal en un aspecto curioso. Como he indicado, los Twain murieron colgados; pues bien, los otros murieron de muerte natural y en la cama, entre los lamentos del resto de presidiarios.

Aconsejo a cuantos escriban autobiografías que se detengan en el umbral de los tiempos modernos. De tal modo que una vaga y genérica mención del bisabuelo ya es bastante. De allí se salta al autobiografiado.

Y siguiendo mi propio consejo, diré que yo nací sin un solo diente. Cosa en la que me aventajó Ricardo III; pero, por contra, no nací jorobado, y en esto yo le llevé ventaja a él. Mis padres no fueron pobres ni honrados en exceso.

Al llegar a este punto, un pensamiento asalta mi mente. ¿Acaso mi autobiografía no iba a parecer pálida, comparada con la de mis antepasados? De sabios es cambiar de parecer, y tras larga meditación, considero que mi vida no merecerá escribirse sino cuando se me haya conducido al patíbulo. ¡Qué felicidad la de muchos lectores si otros hombres se hubieran limitado en sus biografías a hablar de los antepasados, en espera del hecho a que hago referencia! ■

Extraído de *Obras Escogidas*, Barcelona: Plaza & Janés.